Debemos recordar

Lucas 24:1-12

Pastor Tim Melton

¿Te imaginas cómo debían sentirse los seguidores de Jesús aquel sábado, el día después de que Jesús fuera crucificado? Todo estaba perdido. Jesús estaba muerto. Lo habían dejado todo para seguirle. Creían de todo corazón que Él era el Mesías y Salvador prometido del que hablaban las profecías desde hacía siglos.

Sí, habían huido cuando arrestaron a Jesús. Sí, temían a la muerte tanto como cualquier otra persona, pero realmente creían. Cada versículo de profecía sobre el Mesías se había cumplido en la vida de Jesucristo. Iba más allá de lo imaginable. Para aquellos que tenían oídos para oír y ojos para ver, no había duda de que Jesucristo era el Mesías prometido. Había hecho que los ciegos vieran, los sordos oyeran, los cojos anduvieran y los mudos hablaran. Además, había convertido el agua en vino. Había alimentado a miles con solo unos pocos panes y peces. Había sanado a leprosos, expulsado demonios, calmado el mar... Incluso había resucitado muertos. Verdaderamente el Salvador había venido... y ahora estaba muerto. Debió de ser como una pesadilla de la que intentas despertar, pero no puedes. Jesús de Nazaret, su Mesías, el Mesías, estaba muerto.

¿Y ahora qué? ¿Cómo pudo ocurrir? Él era Dios encarnado. Aunque Jesús se lo había advertido varias veces, era como si nunca lo hubieran visto venir (Juan 2:18-22; Mateo 12:39-40; Mateo 16:21; Mateo 27:62-64).

Incluso con el cumplimiento de todas las Profecías Mesiánicas y las predicciones de Jesús sobre su propia muerte, sepultura y resurrección, los seguidores de Jesús debían de estar desolados ese sábado en que Jesucristo yacía muerto en la tumba.

¿Alguna vez en tu vida has experimentado un “sábado” en el que todo había salido mal y te hundiste? ¿Cuando Dios parecía estar ausente y la vida no tenía esperanza? En esos momentos, ¿qué hiciste?

Allí estaban, escondidos. Temiendo por sus propias vidas y desolados porque Jesús se había ido para siempre. Pero entonces leemos sobre las valientes mujeres que, a pesar de su miedo, el domingo muy

temprano fueron al sepulcro con especias aromáticas para embalsamar el cuerpo de Jesús. Lucas 24:1-12 dice así:

El primer día de la semana, muy de mañana, las mujeres fueron al sepulcro, llevando las especias aromáticas que habían preparado. ² Encontraron que había sido quitada la piedra que cubría el sepulcro ³ y, al entrar, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴ Mientras se preguntaban qué habría pasado, se les presentaron dos hombres con ropas resplandecientes. ⁵ Asustadas, se postraron sobre su rostro, pero ellos les dijeron:

—¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ⁶ No está aquí; ¡ha resucitado! Acordaos de lo que os dijo cuando todavía estaba con vosotros en Galilea: ⁷ “El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, pero al tercer día resucitará”.

⁸ Entonces ellas se acordaron de las palabras de Jesús. ⁹ Al regresar del sepulcro, les contaron todas estas cosas a los once y a todos los demás. ¹⁰ Las mujeres eran María Magdalena, Juana, María la madre de Jacobo, y las demás que las acompañaban. ¹¹ Pero a los discípulos el relato les pareció una tontería, así que no les creyeron. ¹² Pedro, sin embargo, salió corriendo al sepulcro. Se asomó y vio solo las vendas de lino. Luego volvió a su casa, extrañado de lo que había sucedido.

Los dos ángeles podrían haber dado muchas palabras sabias o consejos, pero en ese momento de desesperación dijeron a las mujeres que "recordaran". Ese iba a ser el camino para salir de su oscuridad y desesperación. Ese iba a ser su camino de regreso a la fe. Recordar. Recordar lo que Cristo había dicho.

Las mujeres estaban familiarizadas con las profecías. Habían escuchado las palabras de Jesús acerca de su próxima muerte, sepultura y resurrección, pero en medio de su lucha y quebrantamiento habían "olvidado" las palabras de Cristo. Entonces, en respuesta a las palabras del ángel, las mujeres recordaron y luego compartieron las buenas noticias con otros.

Cuando leemos las Escrituras, vemos que estas mujeres no fueron las primeras en luchar con el "olvido espiritual".

* * *

Nosotros también luchamos con el olvido en nuestra vida cristiana. A lo largo de las Escrituras se nos anima a recordar y a no olvidar.

Isaías 46:9 nos instruye así: *“Recordad las cosas pasadas, aquellas de antaño; yo soy Dios, y no hay ningún otro, yo soy Dios, y no hay nadie igual a mí.”*

1 Crónicas 16:15 nos anima: *“Él se acuerda siempre de su pacto, de la palabra que dio a mil generaciones.”*

En Deuteronomio 6:12 leemos: *“Cuidate de no olvidarte del Señor.”*

El Salmo 103:2 declara: *“Alaba, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios.”*

En el Salmo 42:6 vemos que el salmista experimenta una lucha similar:

“Me siento sumamente angustiado; por eso, mi Dios, pienso en ti desde la tierra del Jordán, desde las alturas del Hermón, desde el monte Mizar”.

La solución a la angustia del salmista fue recordar la fidelidad de Dios en el pasado.

Jonás 2:7 habla de la oración de Jonás desde el vientre de la ballena:

“Al sentir que se me iba la vida, me acordé del Señor, y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo.”

¿Cuántas veces hemos fallado a la hora de recordar? De repente, la vida se vuelve tan difícil que centramos nuestra atención en la tormenta que ruge a nuestro alrededor, y olvidamos la roca sobre la que está edificada nuestra vida (Mateo 7:24-27). En Cristo, la solución y el consuelo están ahí, a nuestro alcance, pero nos olvidamos de sus promesas.

* * *

En la historia de la Pascua, el “recordar” de las mujeres fue una redefinición de la información que tenían. Los hechos seguían siendo los mismos. Jesús había sido crucificado y había muerto tres días antes. El sepulcro estaba abierto... y vacío. Sus corazones estaban rotos. Pero ahora los ángeles les estaban ofreciendo una perspectiva diferente para ver su situación. Les estaban señalando la verdad, basada en recordar las palabras de Cristo.

Gracias a la resurrección de Cristo, los cristianos ahora podemos ver el mundo a través de la perspectiva de Cristo. Ahora podemos ver el mundo a través de la lente de la gracia. La lente de la eternidad. La lente del perdón. La lente de la esperanza. La lente del amor. La lente de la fidelidad de Dios. La lente de la soberanía de Dios. La lente del carácter de Dios. La lente de las promesas de Dios.

Pero debemos recordar. Es posible que una persona tenga una teología correcta, pero no ande en ella. En Cristo ahora poseemos la lente correcta, pero es “recordar” lo que realmente nos pone esa lente delante de los ojos. Recordar es lo que realmente nos permite andar por fe.

Recordar quién es Dios y lo que ha hecho es esencial para crecer en nuestra fe. Tanto es así que hasta el Espíritu Santo nos ayuda. En Juan 14:26, Jesús les dice a sus discípulos:

“Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo que os he dicho.”

Para recordar debemos unirnos al Espíritu Santo. Para mantener a Dios y sus verdades en el primer plano de nuestras mentes debemos pensar en su Palabra y acudir a su presencia en oración (Salmo 143:5). Si no, caemos presos de las perspectivas y los deseos del este mundo.

Como leemos en el Salmo 73, Asaf relata como ***“casi tropezaron sus pies, y casi resbalaron sus pasos”*** al ver cómo prosperaban los impíos. Sentía que sus esfuerzos por mantener sus manos limpias y la

conciencia tranquila habían sido en vano. Su alma se volvió amarga hacia Dios. Asaf había “olvidado” las verdades de Dios. Pero luego el versículo 17 dice: **“Hasta que entró en el santuario de Dios.”** Fue allí donde recordó y recuperó la perspectiva de la verdad de Dios. Recordó el fin eterno de los impíos y el fin eterno de los que están con Dios.

Aún viendo la injusticia del mundo, Asaf pudo ahora decirle a Dios:

“ 23 Pero yo siempre estoy contigo, pues tú me cogiste de la mano derecha. 24 Me guías con tu consejo, y más tarde me acogerás en gloria. 25 ¿A quién tengo en el cielo sino a ti? Si estoy contigo, ya nada quiero en la tierra. 26 Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón; él es mi herencia eterna.”

Este tipo de oración es nuestra meta. Donde Dios se convierte en nuestro principal deseo y la fuente de nuestra fortaleza. Donde Cristo es la realidad más verdadera de nuestras vidas. Donde Cristo es el lugar al que se dirige nuestra mente y el gozo que busca nuestro corazón. Donde Él es la lente a través de la cual vemos y entendemos todo lo que nos encontramos en la vida.

Debemos recordar el Evangelio. Debemos guardarlo en la memoria. Debemos predicárnoslo a nosotros mismos. Debemos mantenerlo cerca. Debemos decir sus verdades unos a otros. Debemos subir el volumen del Evangelio para que ahogue todas las voces contrarias del mundo y del yo que intentan alejarnos de la verdad.

Algunos hacen esto a través de la lectura diaria de la Biblia y el tiempo de oración. Otros memorizan las Escrituras. Algunos forman parte de un pequeño grupo de estudios bíblicos, o escriben un diario sobre su día cada noche, buscando discernir lo que Dios está haciendo en sus vidas. Algunos escuchan música cristiana, mientras que otros se centran en orar por una área de la vida que necesita la ayuda de Dios. A veces, otros simplemente ponen empeño en reunirse regularmente con otros amigos cristianos de confianza.

Independientemente de cómo lo haga cada uno, debemos recordar que en el pasado estábamos perdidos, éramos pecadores y no teníamos esperanza. Debemos recordar que la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Jesucristo, nuestro Señor. Debemos recordar que todos los que se arrepienten de su pecado y ponen su fe en Jesucristo son perdonados y vivirán para siempre en el cielo. Debemos recordar que la resurrección de Cristo es la prueba de que nuestra deuda de pecado ha sido pagada en su totalidad. Debemos recordar que Su gracia es suficiente, que cuando somos débiles Él es fuerte, que obra todas las cosas para nuestro bien, que podemos depositar en Él nuestras preocupaciones, que Él nunca nos dejará ni nos abandonará, y que nada puede separarnos del amor de Dios, en Cristo Jesús Señor nuestro.

Al igual que las mujeres delante del sepulcro, recordando las palabras de Cristo obtenemos la perspectiva y la paz que se encuentra en Él.

* * *

Mi padre cuenta la historia de un anciano cristiano al que visitó en una residencia de ancianos. Las capacidades mentales del hombre habían disminuido hasta el punto de que apenas podía funcionar en el mundo o interactuar con las personas que lo rodeaban. Mientras mi padre estuvo sentado con él, no tenía idea de si el anciano podía escuchar o incluso entender algo de lo que le decía. Hacia el final de la visita mi padre sugirió que rezaran, y en ese momento todo cambió. El hombre empezó a orar como si no le pasara nada en absoluto. La obra de Dios, el Espíritu de Dios, la memoria de Dios estaban tan incrustados en su corazón y en su mente que, de alguna manera, incluso en este estado de dificultad, las palabras fluían al regresar a un lugar muy familiar.

Ese es el tipo de memoria que debemos anhelar como cristianos. Que el recuerdo de Dios y nuestra fortaleza de fe estén tan incrustados en nuestros corazones, mentes, espíritus y almas que aún en ese tipo de situación nuestros espíritus continúen recordando todas sus bendiciones.